

LOS TRES OFICIOS DE CRISTO

“...en tus labios se derrama la gracia, el Señor te bendice eternamente. Cíñete al flanco la espada, valiente : es tu gloria y tu esplendor” (Salmo 45, 3-4)

Se habla aquí de Nuestro Señor en dos papeles distintos: como maestro, “en tus labios se derrama la gracia”, y como conquistador, “cíñete al flanco la espada”, o en otras palabras, como Profeta y como Rey. El tercer oficio especial, que se nos presenta en esta época del año, es el de Sacerdote, por el cual se ofrece a Dios Padre como propiciación por nuestros pecados. Son estos los tres puntos de vista que nos ofrece Su oficio de Mediador, y se observa a menudo que nadie antes de El, ni siquiera como tipo o semejanza, ha tenido los tres caracteres. Melquisedec, por ejemplo, fue sacerdote y rey, pero no profeta. David fue profeta y rey, pero no sacerdote. Jeremías fue sacerdote y profeta, pero no rey. Cristo fue Profeta, Sacerdote y Rey.

Moisés habla de El como de un profeta, parecido pero superior : “Dios os suscitará un profeta como yo de entre vuestros hermanos” (Hechos 7,37). Y Jacob le describió bien como rey cuando dijo : “Ante El rendirán homenaje las naciones” (Gen 49,10). Balaam, también, habla de El como de un conquistador y gran soberano : “De Jacob avanza una estrella, un cetro surge de Israel...de Jacob saldrá el que tendrá el dominio” (Num 24,17.19). Y David habla de El como de un sacerdote, pero no como Aarón : “Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec” (Salmo 110,4), es decir, un sacerdote regio, que Aarón no fue. Y además, la profecía, verdaderamente primera de todas : “El te pisará la cabeza (de la serpiente), y tú le acecharás su talón” (Gen 3,15). El iba a conquistar a través del sufrimiento.

Cristo ejerció su oficio profético enseñando y hablando sobre el futuro, en su Sermón de la Montaña, en sus parábolas, en su profecía de la destrucción de Jerusalén. Realizó el servicio sacerdotal cuando murió en la Cruz como un sacrificio, cuando consagró el pan y el vino para ser banquete sobre ese sacrificio, y ahora que intercede por nosotros a la derecha de Dios Padre. Y se mostró como conquistador y como rey, resucitando de entre los muertos, ascendiendo a los cielos, haciendo descender el Espíritu de gracia , convirtiendo a las naciones, y formando Su Iglesia para recibirlas y regirlas.

Más aún, debe observarse que estos tres oficios parecen contener y representar las tres condiciones principales de la humanidad. Pues, una gran clase de hombres, o aspecto de la humanidad, es aquella de los que sufren, tales como los esclavos, los oprimidos, los pobres, los enfermos, los afligidos, los preocupados. Otra es la de aquellos que trabajan y se fatigan, por ellos mismos o por otros, llenos de negocios y compromisos. Y la tercera es la de los estudiosos, educados y sabios. Resistencia, vida activa, pensamiento, parecen ser los tres estados principales en los que se hallan los hombres. Cristo los asumió todos. En una ocasión dijo, con referencia a Su bautismo en el Jordán : “Conviene que así cumplamos toda justicia” (Mt 3,15). Cada rito santo de la ley lo cumplió por nuestra causa. Y así también, vivió a través de todos los estados de la vida humana hacia el hombre perfecto, infancia, niñez, juventud, madurez, de manera que pudiera ser modelo de todos ellos. Y así también tomó la perfecta naturaleza del hombre, cuerpo, alma y razón, de manera que pudiera santificarla totalmente. De igual modo, entonces, unió a Sí, renovó y nos devolvió en El, los estados o suertes de vida en los que nos encontramos: el sufrimiento, para que pudiéramos saber cómo sufrir, el

trabajo para que supiéramos cómo trabajar, y la enseñanza, para que supiéramos como enseñar.

Por eso, cuando Nuestro Señor vino a la tierra en nuestra naturaleza, combinó juntos oficios y obligaciones de los más disímiles. Sufrió y sin embargo triunfó. Pensó y habló, pero actuó. Fue humillado y despreciado pero fue un maestro. Tuvo al mismo tiempo una vida dura como las de los pastores, y sin embargo sabia y regia como las de los magos orientales que vinieron a honrar Su nacimiento.

Se verá, sobre todo, que en estos oficios El representa también para nosotros la Santísima Trinidad, pues en Su carácter más propio es un sacerdote, en cuanto a Su reino lo tiene del Padre, y Su oficio profético lo ejercita por el Espíritu. El Padre es el Rey, el Hijo el Sacerdote y el Espíritu Santo el Profeta.

Y más aún, debe observarse que cuando Cristo dio ejemplo en Sí mismo de tales modos contrarios de vida y de sus virtudes contrarias, todas en uno, no desechó totalmente el magnífico espectáculo al irse, sino que dejó detrás Suyo a aquellos que tomarían Su lugar, que serían Sus representantes e instrumentos, un orden ministerial. Y estos, aunque vasos terrenos, muestran de acuerdo a su medida aquellos tres caracteres, el profético, el sacerdotal y el real, combinando en ellos mismos cualidades y funciones que, excepto bajo el Evangelio, son casi incompatibles la una con la otra. Consagró a Sus Apóstoles para sufrir cuando dijo: “Beberéis del cáliz que yo beberé” (Mt 20,23), para enseñar cuando dijo: “El Paráclito, el Espíritu Santo, ... os lo enseñará todo”, y para regir cuando les dijo: “Yo dispongo un Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para Mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel” (Lc 22,29-30).

Mejor dicho, todos Sus seguidores en algún sentido tienen el triple oficio, como la Escritura no tarda en declarar. En un lugar se dice que Cristo “ha hecho de nosotros un Reino de Sacerdotes para el Dios y Padre Suyo” (Apoc 1,6), y en otro “estáis ungidos por el santo y todos vosotros lo sabéis” (I Jn 2,20). Sabiduría, poder, resistencia, son los tres privilegios de la Iglesia cristiana; resistencia representada en el confesor de la fe y el monje, sabiduría en el doctor y el maestro, poder en el obispo y el pastor. Ahora ilustraré esto más detenidamente, mostrando lo que quiero decir.

1. Quiero decir esto: que cuando miramos hacia fuera el mundo, y examinamos los diferentes estados y funciones de la sociedad civil, vemos muchísimo para admirar, pero todo es imperfecto. Cada estado, o rango, tiene su excelencia particular, pero esa excelencia es solitaria. Por ejemplo, si tomáis el más alto, el oficio real, hay mucho en él que mueve a reverencia y devoción. No podemos menos que levantar los ojos hacia el poder que Dios ha concedido originalmente, manifestado tan visible y augustamente. Toda la pompa y circunstancia de una corte nos recuerda que el centro de ella es alguien sostenido por Dios, el Rey Todopoderoso. Y sin embargo, pensándolo mejor, ¿no es una gran derrota que sea todo poder y ninguna sujeción, toda grandeza y ninguna humillación, toda animación y ningún sufrimiento? Los grandes soberanos, ciertamente, como otros hombres, tiene sus propias penas privadas, y, si son cristianos, tienen los privilegios de los cristianos, tanto dolores como placeres. Pero estoy hablando del poder real en cuanto tal, mostrando qué contraste presenta con la soberanía de Cristo. Los príncipes crían príncipes. Desde su nacimiento reciben honores cercanos a la adoración, quieren una cosa y se hace, están siempre en lo alto y nunca debajo. ¡Qué diferente la soberanía de Cristo!, nacido, no en cámara dorada sino en una cueva de la tierra, rodeado de ganado, tendido en un pesebre, criado como el hijo del carpintero, sin un lugar donde reclinar su cabeza aún cuando se manifestó como el Rey de los Santos, y muerto en cruz como un malhechor. Y no fue rey sin ser también víctima. Y de igual manera les pasa a sus seguidores. Lavó los pies de Sus hermanos y les pidió a su vez

que hicieran lo mismo. Les dijo que “el que quiera ser el primero entre ellos se haga su servidor, de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos” (Mt 20,27-28). Les advirtió que recibirían “casa y campos, *con persecuciones*” (Mc 10,30). Tal es el poder regio de Cristo, alcanzado por la humillación y ejercido en la mortificación.

2. Tomemos otro ejemplo. Cuánto hay de admirable y reverencial en la profesión de un soldado. Llega a ser más cercano al modelo de Cristo que un rey. No sólo es fuerte, sino débil. Actúa y sufre, triunfa a través del riesgo. La mitad de su tiempo lo pasa en el campo de batalla, y la otra mitad en el lecho del dolor. Y hace esto por causa de otros, nos defiende, le somos deudores, ganamos con su pérdida, estamos en paz por su guerra. Y aún así hay aquí también grandes inconvenientes. Primero, está el arma corporal: es una cosa grave tener que derramar sangre y causar heridas, aunque sea en defensa propia. Pero después de todo, lo que hace más a nuestro propósito, el soldado no es sino un instrumento dirigido por otro, es el arma, no la cabeza, debe actuar tanto en una causa buena como mala. Su oficio es deficiente en dignidad, y por ello lo asociamos con la noción de fuerza bruta, arbitrariedad, imperio, violencia y severidad, y todas esas cualidades que salen a relucir cuando la mente, el intelecto, la santidad y la caridad no están. Pero Cristo y Sus ministros son conquistadores sin efusión de sangre. Es verdad, llegó como alguien que viene de la batalla, y el profeta grita al verlo: “¿Quién es ese que viene con ropaje teñido de rojo...y por qué está rojo tu vestido y tu ropaje como el de un lagarero?” (Isaías 63, 1.2). Pero esa sangre era la Suya, y si la de sus enemigos fluyó después, fue derramada por ellos mismos, por el justo juicio de Dios, no por El. “Fue llevado como cordero al matadero, y como oveja, muda ante los que la trasquilan, no abrió la boca” (Isaías 53, 7 ; Hechos 8,32).

Pero hay “un tiempo para callar y un tiempo para hablar” (Ecles. 3,7), y así, en el momento indicado El habló y fue un Profeta. Oportunamente abrió su boca y dijo : “Bienaventurados los pobres de espíritu”, y así con las otras bienaventuranzas en la montaña (Mt 5,3). “En El están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia” (Col 2,3). “En sus labios se derrama la gracia, el Señor le bendice eternamente”. El no solo manda sino que persuade. Atempera sus temibles acciones y explica sus sufrimientos con sus palabras consoladoras. “El Señor le ha dado la lengua del sabio para que pueda decir una palabra oportuna al que está afligido”. Y cuando empezó a enseñar, “todos estaban maravillados de las palabras que salían de su boca”, pues “les enseñaba como quien tiene autoridad” (Mt 7,28-29). David, siendo él mismo profeta y rey, hombre de cantos sagrados aunque hombre manchado de sangre, había mostrado de antemano qué clase de rey sería el Cristo prometido: “El justo que gobierna a los hombres, que gobierna en el temor de Dios, como luz matinal al romper el sol...” (2 Sam 23,3-4). Y Moisés, otro gobernante del pueblo de Dios antes que David: “ Como lluvia se derrame mi doctrina, caiga como rocío mi palabra, como blanda lluvia sobre la hierba verde, como aguacero sobre el césped” (Deut 32,2). Y por ello se dijo del Salvador que llegaba: “No disputaré ni gritaré, ni oírán nadie en las plazas su voz. No quebrará la caña cascada, ni apagará la mecha humeante, hasta que lleve a la victoria el juicio” (Mt 12,19-20). De aquí la fuerza puesta por los profetas en que sería un Dios justo y salvador: “la justicia y la paz se besarán”, “la justicia será el ceñidor de su cintura, la verdad el cinturón de sus flancos” (Isaías 11,5). Tal es el Divino Profeta de la Iglesia, el Intérprete de secretos, que gobierna no como los conquistadores de la tierra sino por el amor, no por el temor, no por la fuerza de su brazo, sino por la sabiduría del corazón, convenciendo, persuadiendo, iluminando, fundando un imperio sobre la fe, y gobernando con una soberanía sobre la conciencia. Y tal ha sido, también, la autoridad de Sus siervos después de El. Han sido débiles personalmente, sin armas, sin baluartes,

desnudos, indefensos, pero soberanos, porque eran predicadores y maestros, porque apelaban a la razón y a la conciencia. Y es extraño decirlo, pero aunque el brazo armado parece como si pudiera hacerlo todo, la soberanía de la mente es mayor, y el fuerte y el noble se acobardan ante ella.

3. Una vez más. Sabemos que los filósofos de este mundo son hombres de profunda reflexión y genio inventivo, que proponen una doctrina y por su perfección reúnen alrededor seguidores, fundan escuelas y en tal caso hacen cosas maravillosas. Son los hombres que, a la larga, cambian el rostro de la sociedad, cambian las leyes y las opiniones, derrocan gobernantes y derrumban reinos, o extienden el nivel de nuestro conocimiento y, por así decir, nos introducen en nuevos mundos. Bien, esto es admirable, ciertamente; tan basto es el poder de la mente. Pero observad cuán inferior es este despliegue de grandeza intelectual comparado con aquél que se ve en Cristo y Sus santos; inferior porque es defectuoso. Estos grandes filósofos del mundo, cuyas palabras son tan buenas y eficaces, son ellos mismos, demasiado frecuentemente, nada más que palabras. ¿Quién justificará su obrar tanto como su hablar? Son sombras del oficio profético de Cristo, pero ¿dónde está el sacerdotal o el real?, ¿dónde encontraremos en ellos la nobleza del rey y la abnegación del sacerdote? Por el contrario, en cuanto a nobleza son a menudo los más pobres de la humanidad, y en cuanto a abnegación los más egoístas y cobardes. Pueden sentarse tranquilos, seguir su propio placer, dar gusto a la carne, o servir al mundo, mientras su razón es tan iluminada y sus palabras son tan influyentes. De todas las formas de grandeza mundana, ciertamente esta es la más despreciable. Uno se lamenta al pensar que el soldado es por profesión un instrumento material y bruto; uno reconoce ese gran defecto en la realeza del mundo, que es adorada y no adora, que manda sin obedecer y resuelve y actúa sin sufrir. Pero ¿qué diremos a los hombres como Balaam, que profesan sin hacer, que enseñan la verdad viviendo en el vicio, que saben pero no aman?

Así es el mundo. Pero Cristo vino a hacer un nuevo mundo. Entró en este mundo para regenerarlo en El, para hacer un nuevo comienzo, para ser el principio de la creación de Dios, para reunir todas las cosas y recapitular todo en El. Los rayos de Su gloria fueron esparcidos por el mundo; un estado de vida recibieron algunos, otro otros. El mundo era como un espejo bello, roto en pedazos, que no muestra ninguna imagen uniforme de su Creador. Pero El vino a combinar lo que estaba disipado, a reunir en El lo que estaba destrozado. Dio principio a toda excelencia y de Su plenitud todos hemos recibido. Cuando vino, un Niño nació, un Hijo nos fue dado, y era Hermoso, Consejero, Dios Todopoderoso, Eterno Padre, Príncipe de la Paz. Los ángeles anunciaron un Salvador, un Cristo, un Señor, pero además, “nació en Belén”, y fue “puesto en un pesebre”. Sabios orientales le trajeron oro porque era Rey, incienso porque era Dios, pero por otro lado también mirra, como señal de la muerte y sepultura que vendrían. Al final, “dio testimonio de la verdad” como Profeta ante Pilato, sufrió en la cruz como nuestro Sacerdote, mientras era asimismo “Jesús de Nazareth, Rey de los Judíos”.

Y así, a semejanza Suya y después de El, Sus Apóstoles fueron reyes, aunque sin pompa, soldados, sin sangre que no fuera la suya, maestros, además de discípulos, actuando en sus mismas personas, por sus mismos trabajos y preceptos.

Y del mismo modo, en los tiempos siguientes, aquellos Santos y Padres a quienes elevamos nuestra mirada, tuvieron estos tres oficios juntos. Fueron grandes doctores, pero no meros filósofos u hombres de letras, sino nobles gobernantes de las iglesias.

Y no solo eso, sino predicadores, misioneros, hermanos monacales, confesores de la fe y mártires. Esta es la gloria de la Iglesia: hablar, realizar y sufrir, con aquella gracia que Cristo trajo y difundió, gloria que alcanzó hasta la orla de sus vestiduras. No unos pocos y conspicuos solamente, sino todos sus hijos, en lo alto y en lo bajo, que son dignos de

ella y de su Divino Señor, serán sombras Suyas. Todos nosotros estamos obligados, según nuestras oportunidades, primero a aprender la verdad, y más aún, debemos no sólo saber, sino impartir nuestro conocimiento. Y no solo eso, sino que después debemos dar testimonio de la verdad. No debemos tener miedo del ceño fruncido o el enojo del mundo, ni pensar en el ridículo. Si es así, debemos estar dispuestos a sufrir por la verdad. Esta es aquella nueva cosa que Cristo trajo al mundo, una doctrina celestial, un sistema de santidad y verdades sobrenaturales, que deben ser recibidas y transmitidas, pues El es nuestro Profeta, sostenidas aún frente al sufrimiento según el ejemplo del que es nuestro Sacerdote, y obedecidas, pues El es nuestro Rey.

Traducción : Fernando María Cavaller